

¿ESPAÑA, TIERRA DE MISIÓN HOY?

PEDRO RODRÍGUEZ PANIZO*

Fecha de recepción: septiembre de 2021

Fecha de aceptación y versión final: octubre de 2021

RESUMEN

El presente ensayo se centra en la actual situación española de crisis de fe para ver en ella un momento de gracia, una invitación a poner todas las funciones eclesiales, sus instituciones y personas en estado de misión, superando las tentaciones del pragmatismo, del falso mesianismo o del clericalismo, recuperando la alegría del Evangelio a la que convoca el papa Francisco.

PALABRAS CLAVE: Indiferencia religiosa, *Kairós*, clericalismo, reforma, vida espiritual, servicio.

SPAIN, LAND OF MISSION TODAY?

ABSTRACT

This essay focuses on the current Spanish situation of crisis of faith in order to see it as a moment of grace, an invitation to place all ecclesial functions, institutions and people in a state of mission, overcoming the temptations of pragmatism, false messianism or clericalism, recovering the joy of the Gospel called for by Pope Francis.

KEY WORDS: Religious indifference, *Kairos*, clericalism, reform, spiritual life, service.

* Profesor en la Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas. panizo@comillas.edu

El título de estas páginas quizá recuerde a muchos, el imperioso llamamiento a la evangelización del país vecino en los años cuarenta del siglo pasado: *¿Francia, país de misión?* (1943); y los movimientos litúrgicos, teológicos y pastorales que, en diversos países, fueron preparando el terreno al Concilio Vaticano II. Ochenta años después, al menos en Europa Occidental, se sigue observando con estupor el lento pero constante proceso de desinculturación de la fe cristiana. A pesar de que las tesis de las teorías de la secularización no se han cumplido –pues no ha desaparecido la religión–, no es difícil comprobar que muchos de nuestros contemporáneos son ya hijos de varias generaciones de indiferencia religiosa. Encontrarse con un ateo militante, como aquellos de los años setenta de la centuria pasada, es un acontecimiento pastoral: el de alguien que está embargado por una preocupación última que ve traicionada en la religión.

Por lo que respecta a nuestro país, el último barómetro del CIS ofrece unos datos interpelantes. Casi 4 de cada 10 encuestados se considera no creyente (38,7%), frente al 20% de 2010 y el 13% de 2000. Solo un 16,7% se confiesa católico practicante, con lo que eso significa en un estudio sociológico (si va a misa dos o más veces al mes); con un 39,9% de católicos no practicantes, grupo del que se nutre los que más tarde engrosarán las filas de los indiferentes. Lo más preocupante de los datos son los jóvenes de 18 a 34 años: solo un 30% se siente católico, frente al 60% que no se considera religioso. Tengan la fiabilidad que tengan estos datos, lo que parece claro es que confirman una tendencia que viene de muy atrás. Cualquier cristiano que salga de sus ámbitos cotidianos donde celebra y comparte su fe, comprobará lo lejos que muchas personas se encuentran de ella –si no le ocurre ya en su propia familia o en el círculo de sus amigos o en el trabajo–, y, mucho más, de la comunidad eclesial. Si, además, ese creyente es un ministro ordenado de la Iglesia, parece estar ante una *rara avis* que se creía extinta. La sorpresa suele ser mayúscula cuando se encuentran, antes que, con el ministro eclesial, con la persona que soporta ese ministerio, comprobando que le mueve una buena intención de servicio, que es «normal» (como suelen decir) y que desea vivir orientado hacia el Bien, descubriendo, en un segundo momento, que se trata de un presbítero.

Se suele llamar *neopagana* a esta situación. Se olvida con ello que aquel era un universo religioso: el greco-romano, por más que la religión romana, por ejemplo, sea una de las menos religiosas de la Historia de las religiones. Aunque se tratase de filósofos griegos críticos con los dioses de la religión homérica, se encontraban enraizados en la religiosidad helénica, y, de hecho, prepararon indirectamente las preguntas a las que Cristo dio una respuesta, y las categorías que, transformadas y purificadas por los teólogos de la Iglesia antigua, sirvieron para inculturar el Evangelio en el mundo mediterráneo. En este sentido, para Paul Tillich, ni la filosofía moderna, ni el ateísmo ni el anti-cristianismo son paganos, sino «anti-cristianos en términos cristianos. Las marcas de la tradición cristiana no pueden ser borradas; son un *character indelebilis*»¹.

La situación actual es radicalmente diferente. Ya no se cuenta con ese caldo de cultivo religioso ante el cual, el cristianismo se presentaba como una novedad con mayor potencia salvífica, sino como algo que se ha dejado atrás y de lo que todo el mundo cree saber de antemano en qué consiste, aunque no se haya ejercitado desde dentro, o se conserve tan solo el lejano recuerdo de la catequesis infantil para la primera comunión. Para muchos, aún sin formularlo en los términos de la crítica moderna de la religión, no deja de ser una potencia de compensación en todos los órdenes: psicológico, económico, político, social. Un freno al gozo vital y al ejercicio de una autonomía individual, cuyo cuestionamiento de su posible absolutización es considerado una forma de dominio e imposición. Para algunos, aunque no lo expresen con las palabras de Bloch, se trata de un conjunto de incienso y poder que no termina de superar la nostalgia de otros tiempos donde influía en todos los órdenes de la sociedad. A este terreno de sospecha y desconfianza se ha sumado en la actualidad, el escándalo de los gravísimos casos de abusos sexuales por miembros del clero, con las consecuencias que algo tan atroz tiene en las víctimas y en la credibilidad de la comunidad cristiana. La valentía de los dos últimos pontífices por atajar de raíz esta lacra va a necesitar mucho tiempo para ganar la confianza de muchos.

1. Cf. P. TILlich, *Systematic Theology* I, The University of Chicago Press, Chicago 1951, 27.

1. La situación actual como gracia

Con todo, aunque no conviene rebajar lo más mínimo la lucidez y el discernimiento en los análisis de la situación espiritual de nuestro tiempo, es más necesario ver en ella un momento de gracia, un *Kairós* que nos impele a trascendernos hacia los demás y hacia el Dios vivo y verdadero. Un llamamiento a una auto evangelización muy profunda, pues no podemos pedir a nadie lo que no hemos intentado primero. En Mc 7, 18-20 se dice que nada que entra de fuera contamina al hombre, sino lo que sale de su centro personal (lo que la Escritura llama corazón). En la lista de trece vicios que se recoge en los versículos 21-23, inspirada en la tradición hebrea y en el estoicismo, destacan, de los cinco que están en singular: la envidia; literalmente: ojo maligno (*ophthalmós ponerós*); la arrogancia, soberbia o altanería (*hyperephania*), y la frivolidad, desatino, insensatez o irracionalidad (*aphrosíne*)².

Un pasaje del Sermón de la Montaña afirma, en el hermoso castellano de la traducción de Reina Valera: «La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo el cuerpo está lleno de luz; pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad; ¡cuán oscura no será la misma oscuridad!» (Mt 6, 22-23). No se suele traducir bien, en general, este texto. Se opta la mayor parte de las veces por ojo enfermo, dejando en la sombra el fuerte componente ético de *ponerós* (malo). Es precisamente este el que se contrapone al ojo bueno (*ophthalmós haplous*), sencillo, generoso, y hasta bello. Como ha recordado Alonso Schökel, se trata del «corazón sencillo» de la Escritura, con el trasfondo hebreo de *Tób* (bueno, generoso, bello), frente a *Ra'a* (tacaño), pues, para un semita, el ojo es la sede de la valoración estimativa tanto como del sentido de la vista³.

Los textos aducidos iluminan el camino a seguir. Por más difícil que la nueva situación se lo ponga al Evangelio, no es lo que viene de fuera

2. Cf. C. FOCANT, *L'évangile selon Marc*, Cerf, Paris 2004, 265-287.

3. Cf. L. ALONSO SCHÖKEL - J. M. BRAVO, *Apuntes de hermenéutica*, Trotta, Madrid 1997, 29-30.

la mayor dificultad. ¡Qué época lo ha tenido fácil! No se puede mirar con arrogancia al mundo en el que nos ha tocado vivir. Si nuestro ojo mira mal, se cerrará la senda para percibir el paso del Logos por nuestro espacio y nuestro tiempo, nunca dejados de la mano de Dios, como no lo está ninguna época ni ningún momento de nuestra vida. La profunda crisis de Dios de nuestra cultura es un llamamiento a volver a lo esencial, al centro de la fe, al Único Necesario, vivido con pasión y riesgo; con humildad. Quizá sea esta la virtud que más se necesita siempre, la que libera a las demás de convertirse en fanatismo (fe), ilusión (esperanza) o dominio (amor); un motivo de profunda purificación eclesial, inamisible para cada creyente que no puede exigirle a otro lo que no se pide a sí mismo.

No se adelanta nada echándole la culpa de nuestros males a la cultura en la que estamos. No lleva a mucho la queja permanente y el desaliento frente a ella, como si nosotros estuviéramos en la cima de nuestro ideal evangélico. No se avanza demasiado contraponiendo la cultura laica auténtica a la sabiduría de la cruz⁴. Basta con que uno comience descubriendo en su centro personal los signos de nihilismo, a veces dulce, que anidan en él y que poseen otra figura, propia del creyente, y, por eso, más sutil y difícil de detectar. La tarea es propia de la espiritualidad cristiana, del discernimiento de espíritus. Volver una y otra vez a la fuente que mana y corre, aunque es de noche (san Juan de la Cruz), enraizará los ojos en el corazón, haciéndolos pobres, sencillos y generosos. Si este más profundo centro camina hacia la humildad verdadera, lo cual es hacerlo hacia la verdad, de lo que rebosa el corazón hablarán los labios; se encenderá la lámpara de los ojos de la fe y aparecerá todo a una luz favorecedora y compasiva. Frente a lo que pueda parecer, esa es la condición que hace posible percibir en toda su hondura la maldad del mal, y el motor para combatirlo a fuerza de bien.

Pero ese combate es una forma de amor, no puede ceder a tomar figuras prepotentes y demasiado seguras de sí mismas. El estilo del testimonio, a tenor de 1Pe 3,16, es el de la dulzura y el respeto de quienes tienen limpia la conciencia. Lo cual es infinitamente más difícil y exige más

4. Cf. M. GARCÍA-BARÓ, *Ensayos sobre lo absoluto*, Caparrós, Madrid 1993, 102.

valentía que maneras de evangelizar supuestamente más combativas. La dicha que Cristo anuncia a los que son perseguidos por encarnar el espíritu del Sermón de la Montaña, se matiza con un «por causa de mí (*éneken é mou*)» (Mt 5,11), no por causa de nuestras impericias y frivolidades. De nuevo la humildad invita a no confundir la ensoñación de dureza y dificultad del anuncio, con la realidad concreta de nuestro testimonio. La provocación y la llamada a la conversión anida en el corazón del mensaje cristiano, más que en determinado estilo del testigo, dando la impresión de que ya está convertido del todo y ha llegado a la posesión de la verdad, en vez de permitir que sea ella la que lo embargue y transforme. Dejar ver que se está en camino permanente de transformación y de discernimiento, que la desproporción entre el ideal cristiano y nuestras realizaciones concretas es una distancia que no podemos colmar con nuestras solas fuerzas, es una de las condiciones de posibilidad para que se reciba el Evangelio.

Cuando esta desproporción se vive como el motor de la existencia —«el justo vivirá por la fe» (Rom 1,17)—, como la fuente de toda lucidez, entonces se abren también los ojos de la esperanza y se percibe, a la par, que Dios es más grande que nuestra coherencia y que, tender denodadamente hacia ella, es un don en forma de tarea para toda la vida. Recibir el amor de Dios (la gracia) saca del loco amor a uno mismo, de la tentación de cuasi divinizar nuestro yo y entronizarlo en el lugar que solo a Dios corresponde; pone en éxodo o pascua hacia la realidad, el prójimo y Dios. Cuando se acoge con humildad y gratitud, permite que se pose sobre lo real un foco de luz favorecedora que lo potencia todo, en los antípodas de la lámpara del torturador que deslumbra a la víctima para aterrorizarla, con el fin de legitimar su poder y destruir su conciencia⁵. Por el contrario, tiene su modelo en Dios mismo, quien, como dice san Juan de la Cruz, mira amando y poniendo corazón en toda miseria⁶: «El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su hijo» (CB 5, 4). Lo cual implica acercarse a todo con la conciencia que expresa la metáfora

5. Cf. E. SCARRY, *The Body in Pain*, OUP, New York 1985, 29.

6. Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* (B), 19, 6: «El mirar de Dios es amar y hacer mercedes».

extraordinaria de Jesús Montiel: «La vida, cada vida: una catedral hecha con pétalos»⁷.

Tal respeto reverencial por todo lo que se muestra, en especial los seres humanos, no merma lo más mínimo el deber profético de cada bautizado y del conjunto de la Iglesia. No se trata de limar las aristas del mensaje de modo que sea más aceptable para el espíritu dominante del tiempo en que vivimos –de ahí el límite de las metáforas de la adaptación–, sino de proponerlo de tal modo, con arte mistagógico, que el destinatario pueda ser embargado de preocupación última, descubriendo dimensiones que creía no tener. Lo que es muy difícil de llevar a término si el testigo no comienza a renacer de la fuente a cada instante, animado por cada decepción y cada tropiezo; a vivir en la tensión permanente de la búsqueda de la verdad, a fascinarse literalmente por la belleza del Evangelio.

2. Una tarea de toda la Iglesia

Semejante tarea compete a cada cristiano en particular, tenga la edad que tenga, pues en cualquiera de ellas –en cada una a su modo–, es posible mostrar con lirismo el fundamento en que hemos apoyado la existencia, capaz de resistir cualquier avatar agobiante de la vida, alegrarse y seguir hasta el final los acontecimientos asombrosos que advienen a nuestro frágil presente, y ensanchar las zonas de misterio que coinciden con lo que más importa: el amor, la libertad, la muerte, la culpa, el perdón, el sentido, el destino, Dios. Para todo ello tiene el cristianismo una palabra de salvación y gracia, una invitación a responder con libertad a su ofrecimiento. En un tiempo de sordera para lo profundo, de comprimida y apretada superficie, quizá debamos releer el agustiniano *credo ut intelligam* (creer para comprender) en los términos que propone Adolphe Gesché: «*Intellige ut audiat*»⁸, comprender para escuchar. Si algo carac-

7. J. MONTIEL, *La última rosa*, Pre-Textos, Valencia 2021, 21; donde añade: «todo lo que importa no hace ruido». Debo el conocimiento de este magnífico poeta a mi colega Víctor Herrero de Miguel.

8. A. GESCHÉ, *La teología*, Sígueme, Salamanca 2017, 16.

teriza a nuestro Pueblo de Dios es su déficit de fe pensada. El malestar que expresan muchos de ellos con las homilías reside, precisamente, en la falta de ciencia y experiencia que perciben en ellas, por decirlo una vez más con los términos de san Juan de la Cruz; es decir, de honda vida espiritual, pues en esta se engloba tanto la oración, como la reflexión y el amor al prójimo, en una imbricación tal que cuando falla una se resienten las demás.

La tarea es urgente, pero exige todo menos prisa y aceleración: contribuir a que se vuelvan a escuchar en plenitud las palabras de la fe, en una forma de *diakonia* (servicio) que las libere de prejuicios y malas comprensiones, de modo que exhalen su fragancia salvífica, capaz de tocar el vivo punto del centro del espíritu del destinatario; su capacidad interpelante para lo más hondo de la persona, su fuerza performativa capaz de interrogarnos y ponernos en cuestión. También aquí debe tener un correlato la invitación del papa Francisco a ser una Iglesia en salida. Todos los datos de la fe están así, en éxodo permanente, apuntando más allá de ellos hacia el Misterio inagotable de Dios, y desvelando una nueva imagen del hombre. La mistagogía que pide la situación no puede olvidar nunca esta doble renitencia, ni siquiera en el trabajo pastoral con los que están dentro, que también están sedientos de una profunda formación. Desde la teología más universitaria, hasta la predicación y la catequesis este esfuerzo es más necesario que nunca. Lo que exige del teólogo, del pastor o del catequista un arte que no se enseña en ningún sitio, y cuya dificultad reside en el hecho de que no basta con tener personalizados, asimilados y vividos los grandes artículos de la fe, sino que hay que hacer el esfuerzo creativo, propio de la razón creyente, de mostrar en concreto qué aspecto de Dios revelan y qué dimensiones del hombre manifiestan, para, en un tercer momento, poner en relación ambos aspectos.

Todo lo dicho hasta aquí nada tiene que ver con el «intelectualismo» –ves justamente la liberación de él–: la confusión de una teoría o interpretación sobre cómo se muestran los fenómenos con lo más originario de su donación. Si el mistagogo tiene una tarea es la de llevar al destinatario hacia la experiencia originaria que cristalizó en un teológúmeno, en un artículo del credo o en una acción litúrgica. Y esta tarea es imposible si

el testigo no se pone el primero en la dirección hacia lo originario, si no hace ese viaje en primera persona, y vuelve de él lleno de cosas maravillosas que contar y compartir con los demás. La fuerza de este discurso está en su capacidad anagógica; es decir, en las conexiones que instaura, en las connotaciones que invitan al oyente a ser creyente, o, al que ya lo es, a serlo más en profundidad, y que dilatan, como no se podía imaginar de antemano, todos los ámbitos de la realidad, incluido el de su razón, ahora múltiple, políglota y abierta; llena de moradas que invitan a ser habitadas y a descubrir los tesoros que encierran. Este esfuerzo vale para una catequesis con niños y jóvenes, para un grupo de formación de adultos, la predicación o una clase académica de teología. En cada uno de esos ámbitos se hará a su modo, y con las determinaciones que pide cada lugar, pero en todos ellos igual de necesario, en un momento cultural tan falto de fundamentos.

3. Tres tentaciones a discernir

Orientarse hacia esa tarea no está exento de dificultades. A las puertas del concilio Vaticano II, escribió Henry Duméry un ensayo sobre las tres tentaciones del apostolado moderno, una especie de lectura actual de las tentaciones de Cristo en el Evangelio, que sigue manteniendo en muchos puntos su actualidad. Las cifraba en el pragmatismo, el falso mesianismo y el clericalismo⁹. El primero tiene en nuestros días la figura del activismo y las multitareas, en una carrera loca hacia delante que no sabe bien adónde va, y que agota y vacía de profundidad al pueblo cristiano; cuando una parroquia, por ejemplo, debería de ser una escuela de cristianismo, de experiencia cristiana de Dios, vivida con sosiego, donde el cristiano se recupere para lo profundo, en un oasis de tiempo que lo enraíza en lo fundamental; de caridad hacia dentro y hacia fuera, en signos de servicio y de justicia hacia los desfavorecidos que anuncian un mundo nuevo, pero que no pretenden redimirle por nuestras solas fuerzas, olvidando que el redentor vino ya hace más de dos mil años. Lo que tiene que ver también

9. Cf. H. DUMÉRY, *Las tres tentaciones del apostolado moderno*, Fax, Madrid 1951.

con la tentación del falso mesianismo, y con una figura clerical de ejercer el ministerio apostólico ordenado. Lo que por desgracia es transversal a todas las sensibilidades y estilos eclesiales.

Nadie duda que una parroquia deba tener una organización mínima y flexible que posibilite su misión, pero de ahí a convertirlas en organigramas empresariales donde muchos fieles tienen la sensación de no haber salido de la oficina donde trabajan, va un abismo. Puede haber estructuras eclesiales que frenen o condicionen el dinamismo evangelizador. La Iglesia no puede ser infiel a su propia vocación específicamente religiosa, por más que tenga expresiones en todos los órdenes de la vida, también en lo público. Como dice lleno de lucidez el papa Francisco: «la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a sí mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas, recepciones. O bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización» (EG, 95). También en este aspecto necesitamos una purificación profunda, un despojamiento de todo lo que impida centrarse en lo fundamental. Se puede escapar el Espíritu al pretender encerrarlo ingenuamente en sistemas de programación, metodologías evaluadoras y otras técnicas que, sin el debido discernimiento de espíritus, pueden desalojar, con la mejor de las intenciones, la vida espiritual de la comunidad cristiana.

Para algunos teólogos gran parte de la dificultad para que las parroquias se transformen en misioneras, proviene de que se superpone en ellas el paradigma *parroquia-institución de salvación* con el de *Iglesia en diáspora* y sus nuevas figuras emergentes¹⁰, con las tensiones que se pueden derivar de

10. Cf. H.-J. GAGEY, «La dimensión eclesial de la foi aujourd'hui»: *Recherches de Science Religieuse* 100/4 (2012) 485-504. Y el capítulo 17 de C. THEOBALD, *Selon l'Esprit de sainteté. Genèse d'une théologie systématique*, Cerf, Paris 2015, 425-439.

ello: repliegues identitarios asectariados, autodefensas contraculturales de diversa índole o distintas figuras de folclorización del cristianismo. Como dice el decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II, la Iglesia es misionera por su propia naturaleza, «puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre» (AG, 2), de modo que su misión se cumple «por la actividad con la que, obedeciendo al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno (*pleno actu praesens fit*) a todos los hombres o pueblos para conducirlos con el ejemplo de su vida y su predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo, de modo que se les manifieste el camino firme y sólido para participar plenamente en el misterio de Cristo» (AG, 5). Enraizado en esta teología, el papa Francisco ha podido decir que «la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*» (EG, 15)¹¹.

Su llamamiento a la impostergable renovación eclesial puede verse favorecido por una meditación profunda del citado decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia del concilio Vaticano II, si en vez de leerse como referido a las zonas lejanas de misión, se aplica también a las Iglesias locales y a las parroquias. Aunque estas últimas no son las únicas estructuras evangelizadoras, si logran reformarse en tensión de salida, seguirán siendo ámbitos para la cultura del encuentro, «presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración» (EG, 28), mostrando así que no es una institución caduca, sino «un santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero» (*ibid.*). Para que una misión tan hermosa sea posible, hay que evitar convertirla en un grupo de selectos cerrados en sí mismos, en una especie de guardia pretoriana del párroco, o en una recargada estructura que se separa de las personas. Con todo, como se reconoce en el citado número de *Evangelii gaudium*, «tenemos que reconocer que la llamada a la revisión y renovación de las parroquias

11. Cf. un completo análisis de *Evangelii gaudium* en S. MADRIGAL, *De pirámides y poliedros. Señas de identidad del pontificado de Francisco*, Sal Terrae, Santander 2020, 55-85.

todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión».

Para caminar en esa ilusionante dirección es necesario superar la tentación del clericalismo, que no solo se da entre los ministros ordenados, sino también en muchos laicos, quizá consecuencia del primero. Se ha dicho más arriba que es transversal a todas las sensibilidades y estilos eclesiales, y consiste en absorber en sí todos los carismas y ministerios del Pueblo de Dios; tener colaboradores, más que hermanos que viven su compromiso laical y su misión como miembros vivos de la comunidad eclesial; ejercer un liderazgo personalista, con demasiado protagonismo, y, en muchas ocasiones, siempre mandando, en vez de animar, inspirar, proponer, descubrir y alentar tareas que a otros corresponden y no son específicas del ministerio apostólico. Debería bastar la meditación diaria de 1Pe 5, 2-3 para superar esta tentación: «Apacentad el rebaño que Dios os ha confiado, no a la fuerza, sino de buen grado, como Dios quiere; y no por los beneficios que pueda reportaros, sino con ánimo generoso; no como déspotas con quienes os han sido confiados, sino como modelos del rebaño».

Si el ministerio apostólico ordenado se pone de corazón en estado de misión, comenzará a encarnar un estilo sinodal de profunda escucha, tanto de los cristianos más comprometidos, como de los simpatizantes y los alejados; un impulso de caridad pastoral lo llevará a poner corazón en las miserias de cuantos trata, y en las propias; a estar cerca de los pobres, menesterosos y afligidos, a ejemplo del Buen Pastor, consciente de que no es una cuestión sociológica o política, sino hondamente cristológica, a tenor de 2Cor 8,9 (ver *EG*, 198). Centrado en lo específico de su ministerio, el servicio callado y discreto a todos, tendrá tiempo para considerar lo que realiza y configurarse más plenamente con Cristo. Sin una profunda espiritualidad, será muy fácil que le suceda lo que el filósofo Claude Brouaire señalaba cuando se despoja de ser al espíritu: «La habilidad reemplaza a la inteligencia, el hábito adaptado a la reflexión íntima, el reflejo aguzado al juicio personal. En definitiva, la historia de los hombres, entretejida por relaciones de libertad, deja sitio a la evolución natural y el destino

espiritual al común destino de la muerte biológica. No hay ya educador, sino anónimos indicadores, no hay ya maestro, sino adaptadores, no hay médicos sino veterinarios de nuestra especie, no hay ya política sino gestores, no hay ya sacerdotes sino reivindicadores de la distribución u organizadores del “tiempo libre”»¹².

Como se ha mantenido a lo largo de estas páginas, en la vida espiritual se engloba tanto la oración y la liturgia, como la lectura contemplativa de la realidad, el amor concreto al prójimo y el estudio y la reflexión: la teología, la exégesis bíblica, la filosofía, la literatura y las demás artes que ayudan a comprender al hombre de nuestro tiempo. Si no se está en una permanente formación en los ámbitos mentados, se resiente, en primer lugar, la predicación, hecha de lugares comunes, sin sustancia y nada mistagógica; pero también, el acompañamiento pastoral y espiritual de las personas, con las que hay que derrochar el tiempo que haga falta; privado de sabiduría, no añadirá más que lo que pueda decirles un familiar o un buen amigo. Y no se diga la formación de los agentes de pastoral. Urge una mediación entre la teología científica de las facultades teológicas y el Pueblo de Dios. El ministerio apostólico puede hacer esa *diakonía* intelectual, ojalá que acompañado por laicos que sientan vocación a servir a sus hermanos desde esa tarea fascinante. Llama todavía la atención lo poco conocidos que son los documentos del concilio Vaticano II, la gran teología, los maestros espirituales o la doctrina social de la Iglesia. No se pierde el tiempo que se dedica a esta noble tarea; es más, a la larga se gana. Muchas de las crisis ministeriales comienzan por el abandono de la reflexión y el estudio que, como una ficha de dominó, se lleva por delante todo lo demás. Si esto se quiere hacer posible, hay que reservar tiempo para ello en las agendas, como ese profesor, especialista en la obra de Herman Melville, de la miniserie estadounidense de seis episodios *The Chair* (en español la han titulado *La directora*), de 2021, que, a la petición de una compañera de departamento para reunirse un martes, le responde que no puede, que es su día de investigación¹³. Salvando todas las distan-

12. C. BROUAIRE, *El ser y el espíritu*, Caparrós, Madrid 1999, 37-38.

13. Debo el conocimiento de esta serie dirigida por Amanda Peet, Annie Wyman y Daniel Gray Longino, a mi colega Pedro Castelao.

cias, y las urgencias inaplazables de la cura de almas, reservar tres mañanas a ese menester de la formación debe contarse entre los quehaceres principales del presbítero.

La tarea es apremiante, pero llena de sentido, pues todo viaje a las raíces, a lo esencial, llena de alegría, rejuvenece la actitud teologal de entrega a Dios y mantiene el pulso y la ilusión vocacionales, así como los compromisos adquiridos con la Iglesia y el mundo. En uno de los pasajes más logrados de *Evangelii gaudium*, a juicio de Santiago Madrigal¹⁴, se dice: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37)» (EG, 49).

14. Cf. S. MADRIGAL, *De pirámides y poliedros, o.c.*, 80.